

Nº35.

21. NOVIEMBRE

1926

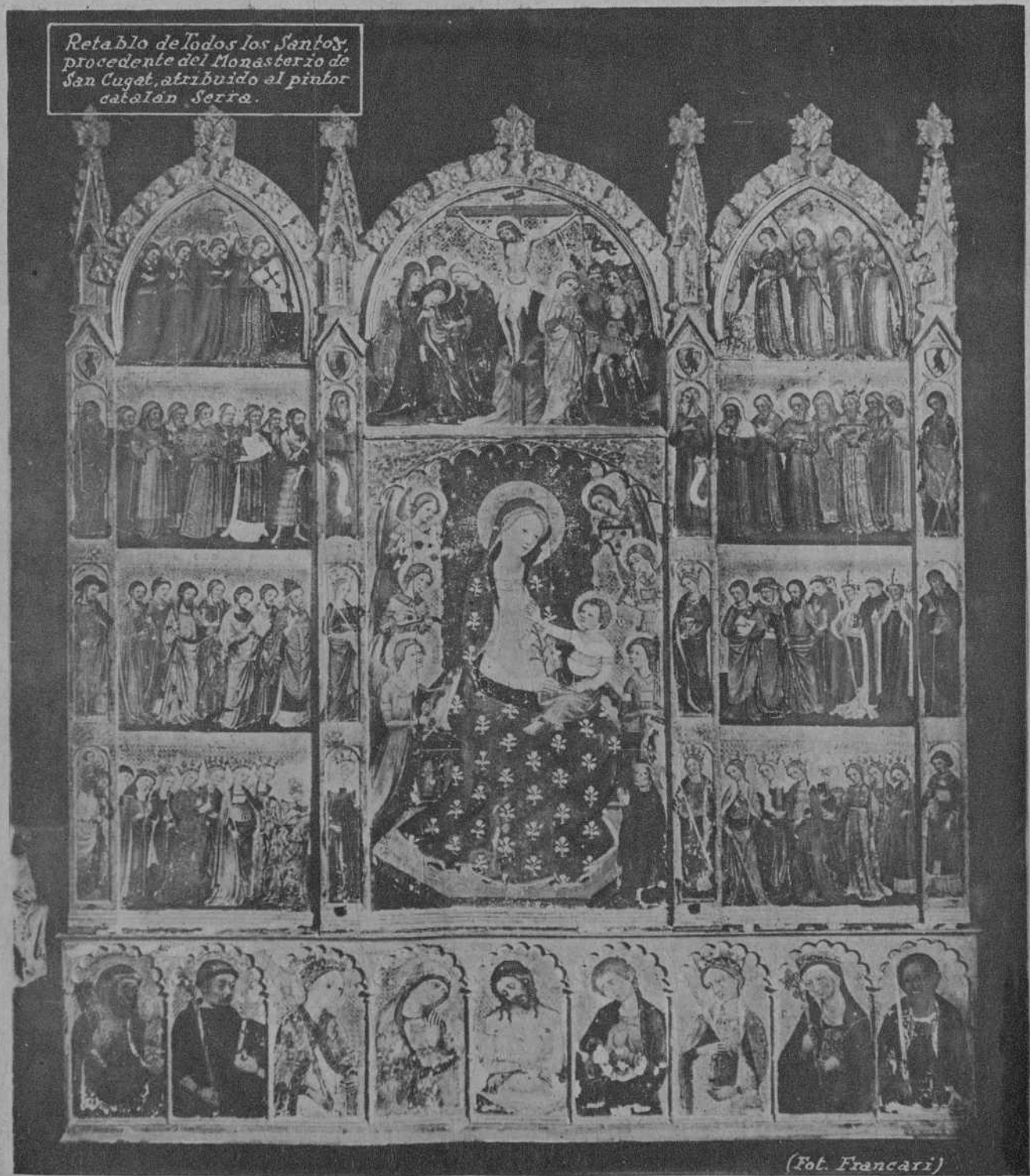
PAGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE

El Dia Gráfico.

*Retablo de Todos los Santos,
procedente del Monasterio de
San Cugat, atribuido al pintor
catalán Serra.*



(Fot. Francari)

*El templo parroquial
de Cabrera de Piéra.*



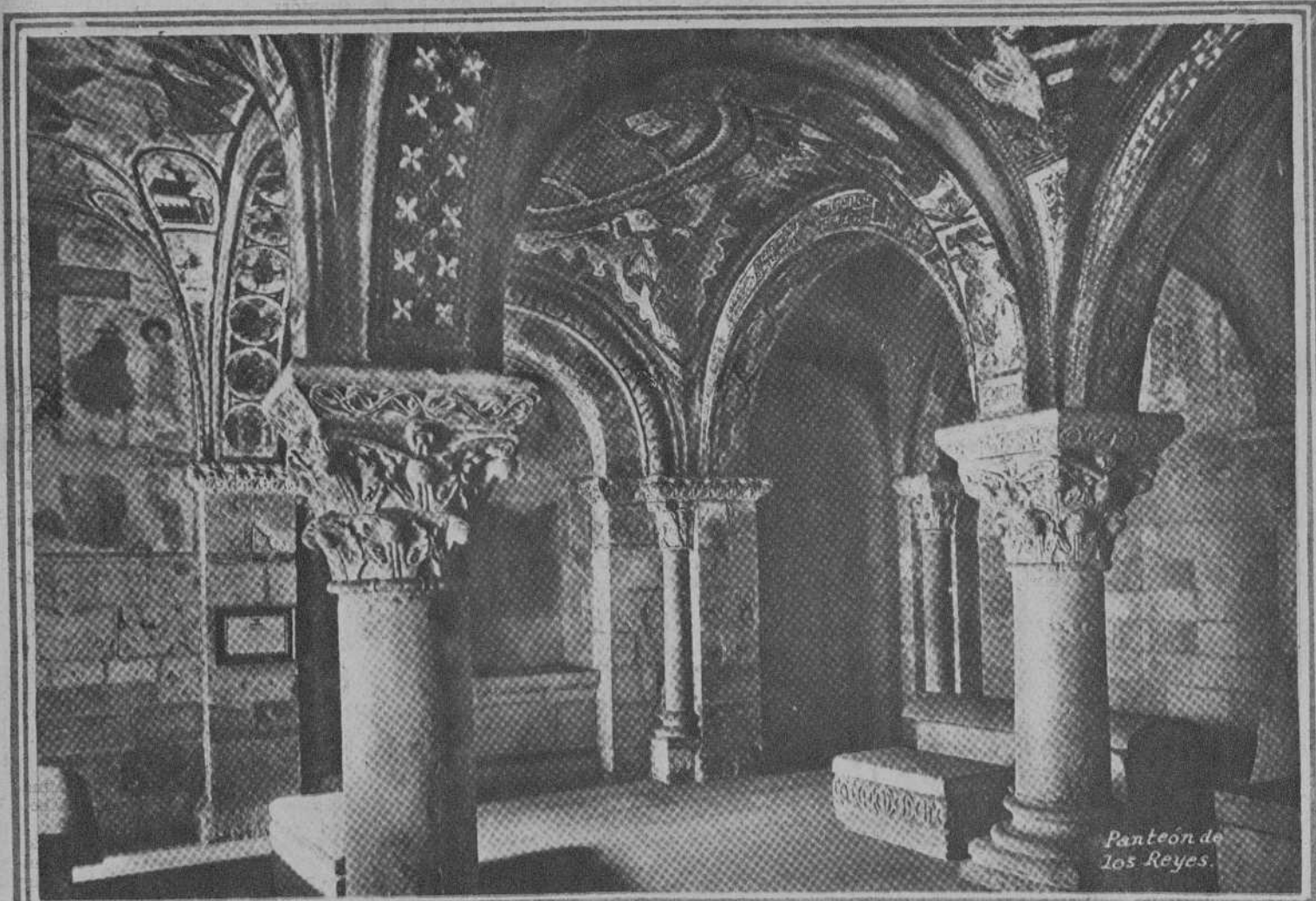
Vista parcial

*Vestigio de los tiempos feudales
es el antiguo templo de Cabrera
de Piéra, con sus recios muallo-
nes y sus almenas, que le pres-
tan aspecto de altiva fortaleza.*



*Camino hacia la parroquia.
(Fots. Casañas).*

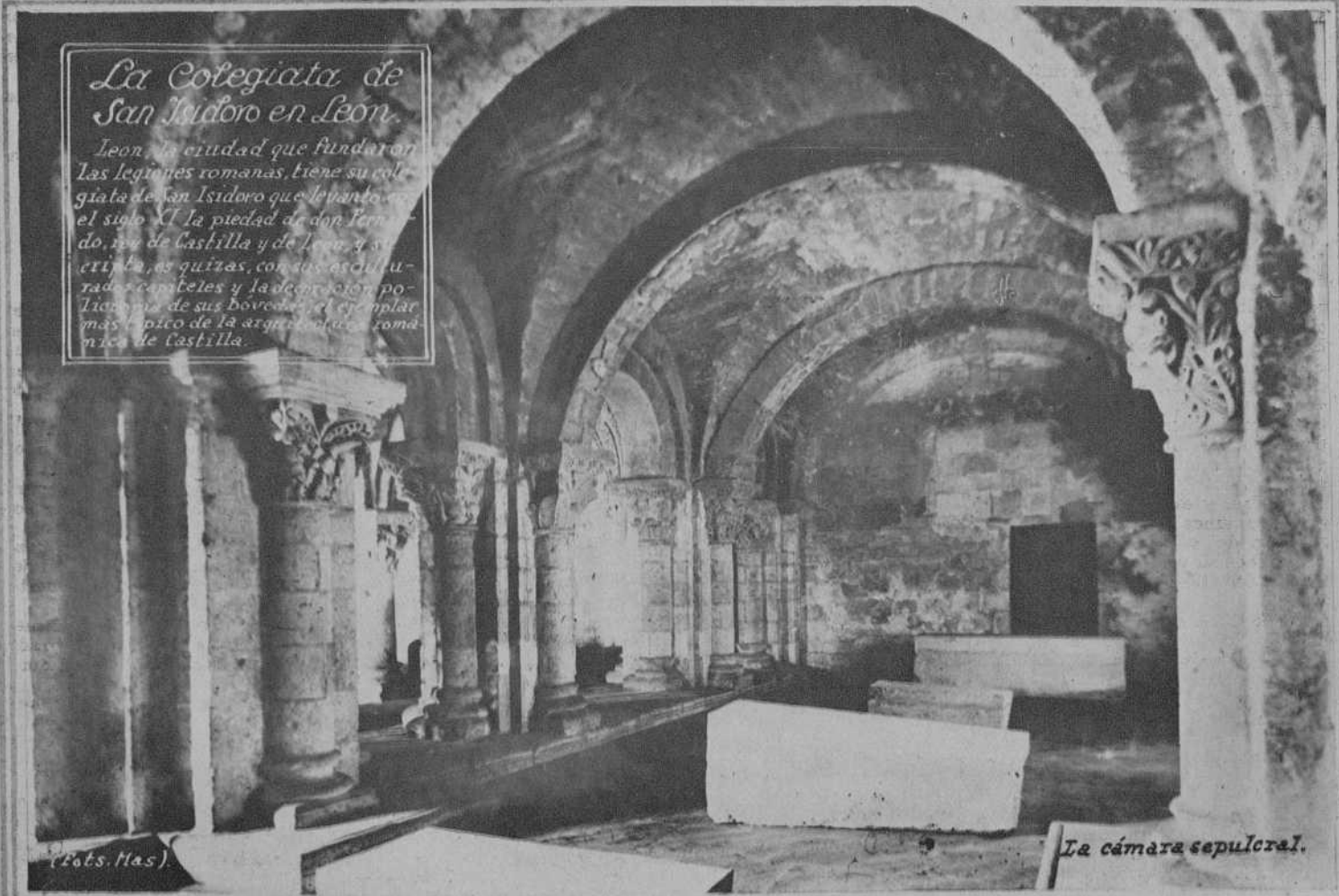
El Panteón de los Reyes, en León, España. Este monumento, que se levantó en el siglo XI, es una obra maestra de la arquitectura románica. Destaca por sus arcos de herradura y sus columnas con capiteles decorados.



Panteón de los Reyes.

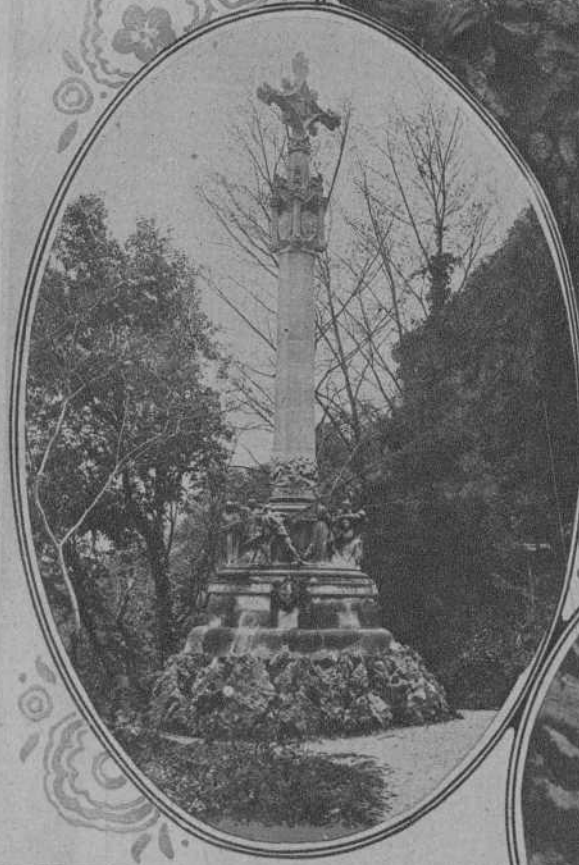
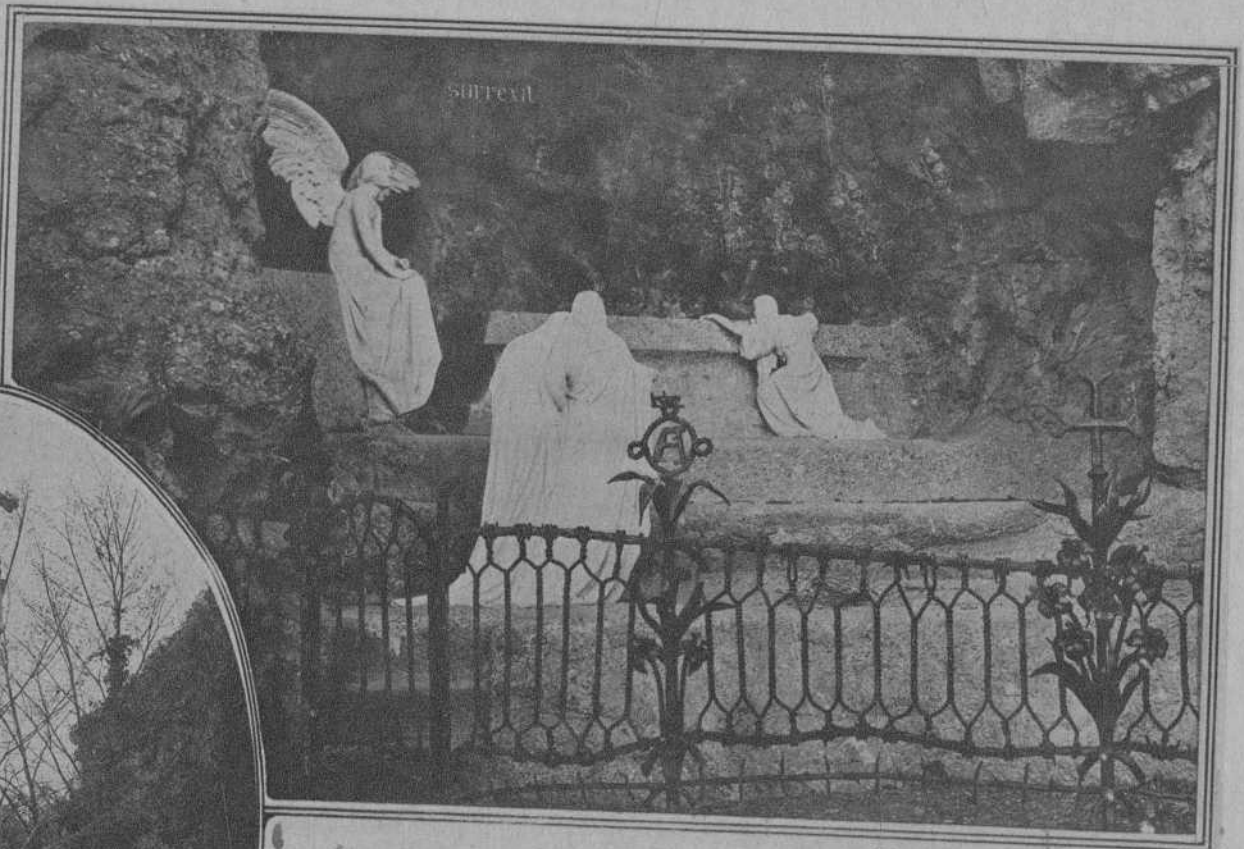
La Colegiata de San Isidoro en León.

León, la ciudad que fundaron las legiones romanas, tiene su colegiata de San Isidoro que se levantó en el siglo XI a la piedad de don Fernando, rey de Castilla y de León, y su cripta, es quizás, con sus esculpidos capiteles y la decoración polilobada de sus bóvedas, el ejemplo más típico de la arquitectura románica de Castilla.

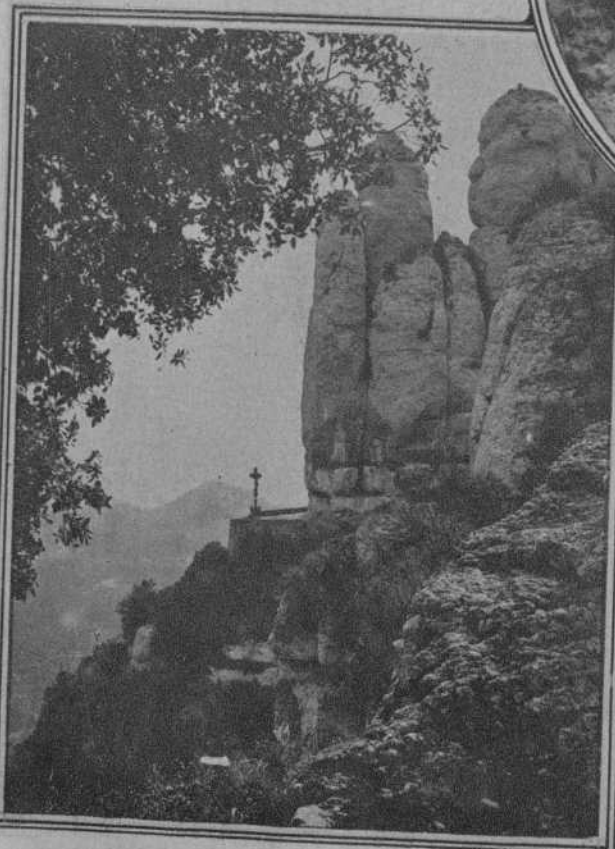


(Foto. Mas)

La cámara sepulcral.

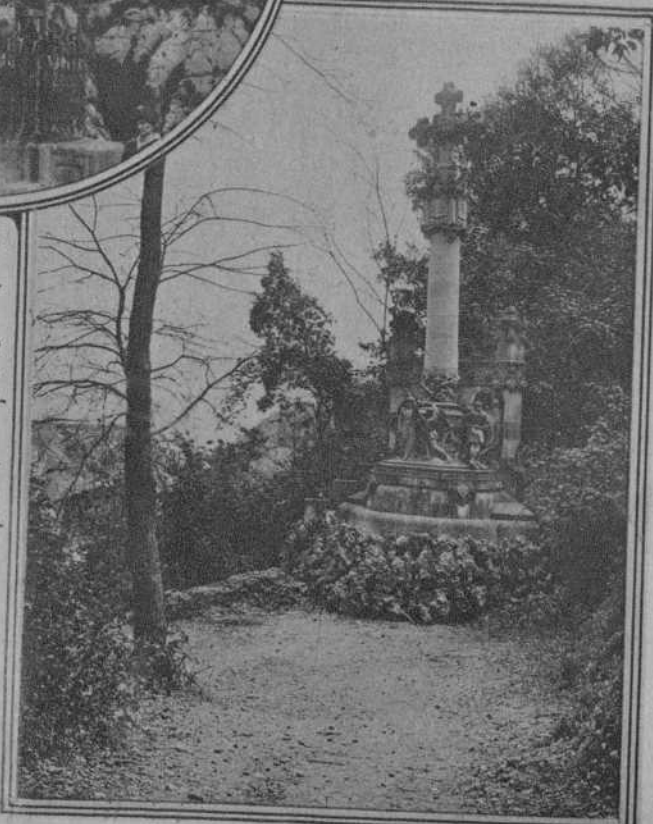


*Los
"Misterios"
de
Montserrat.*



La piedad colocó en el pintoresco camino de la Cueva, de la montaña santa los artísticos "misterios" que constituyen una de las más admiradas curiosidades de nuestro Monasterio de Montserrat. El arte de nuestros escultores, teniendo por marco la esplendor del paisaje, consigue efectos sorprendentes y únicos.

(Sols Goitia).



*El desierto bélico
y estético.*



*Las tropas italianas de vanguardia,
montadas en camellos exploradores.*

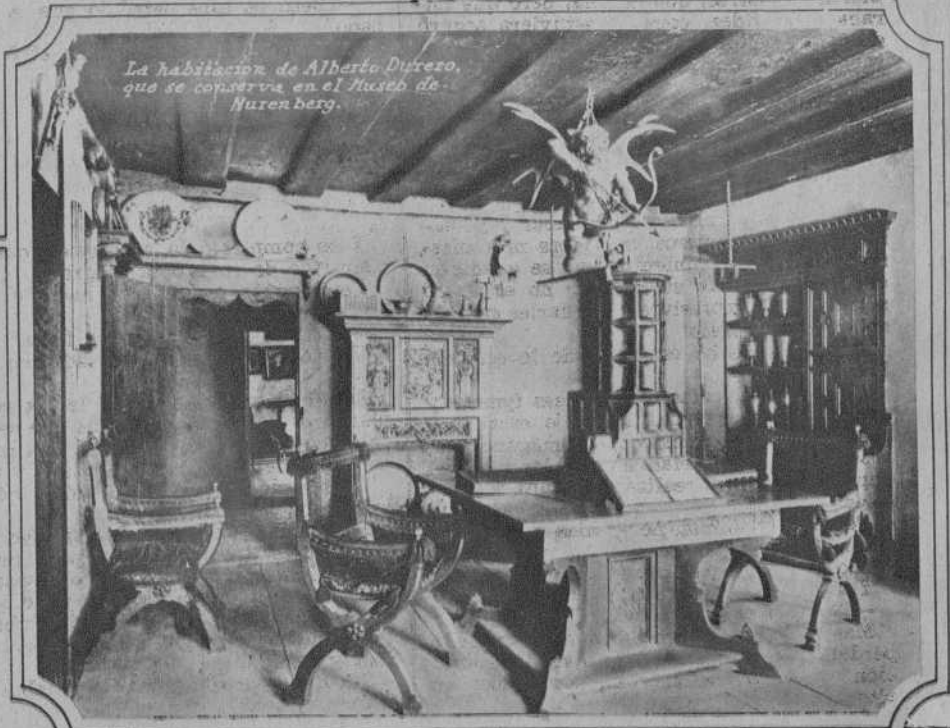
*Las tropas italianas, con las indígenas
auxiliares, han ocupado Jarabub. Junto
a la preocupación estratégica, surgió la
estética, ante el bello espectáculo de las
grandes masas sobre los arenales y las si-
luetas de los caballeros, recortándose
en el aire nítido. ~ ~*



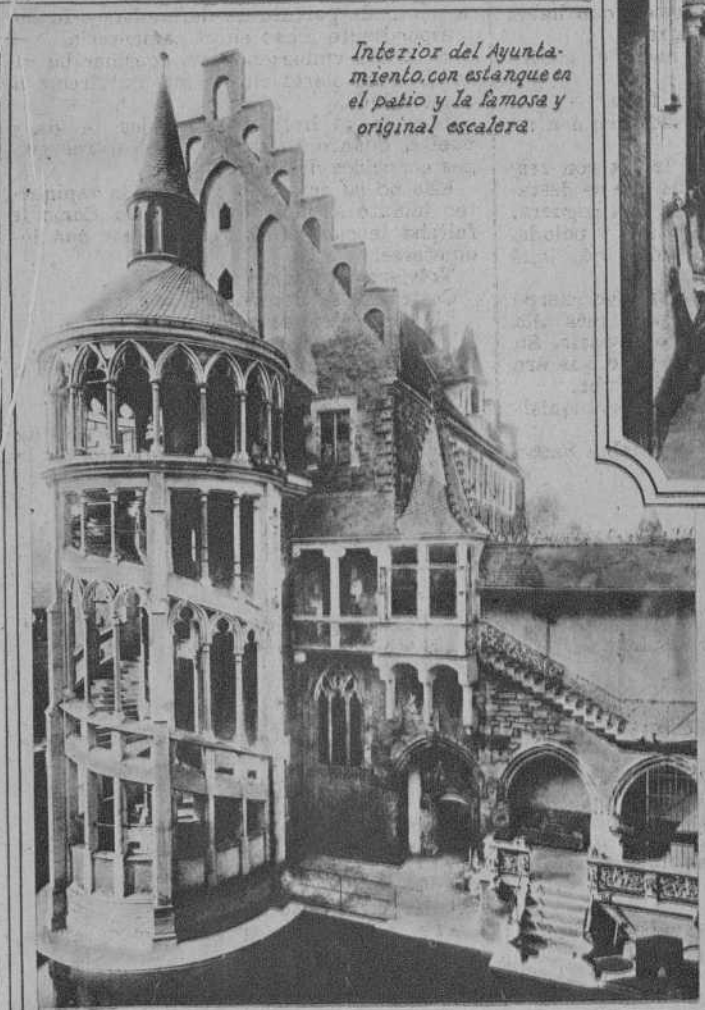
(Fots. Vidal).

*La marcha hacia Jarabub de las tropas
italianas, a través del desierto.*

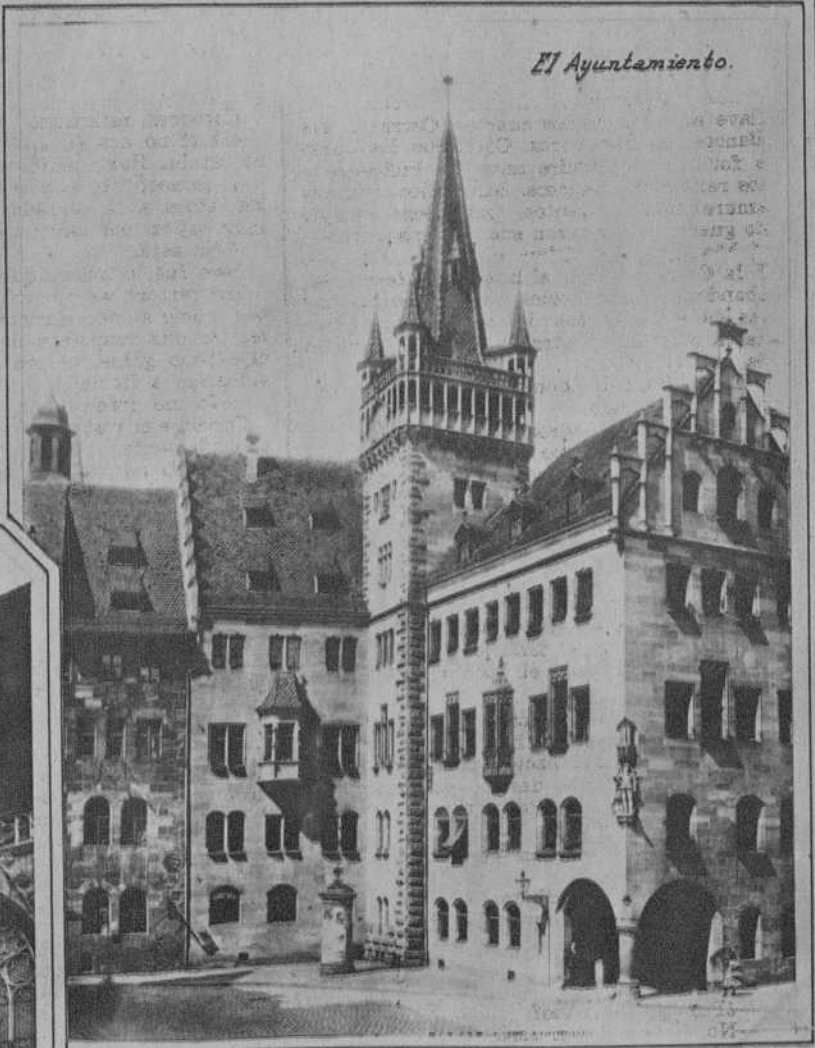
El Municipio de Nuremberg. La gótica.



La habitación de Alberto Dürero, que se conserva en el Museo de Nuremberg.



Interior del Ayuntamiento, con estanque en el patio y la famosa y original escalera.



El Ayuntamiento.



Las dos puertas del Ayuntamiento.

Tal vez la ciudad mas interesante de Alemania, sea Nuremberg. En ella se conserva el gótico, no solo en los grandes edificios colectivos, sino en las casas particulares.

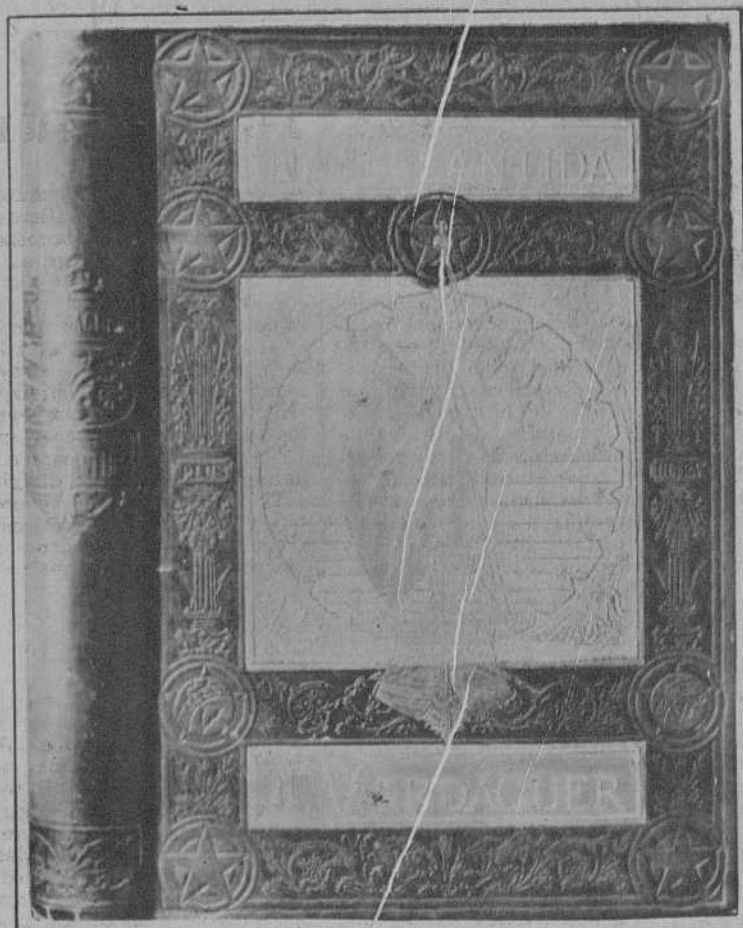
(Fots. Scherl).

*El medio siglo de
"L'Atlántida," el poema de
Mosen Verdaguer.*

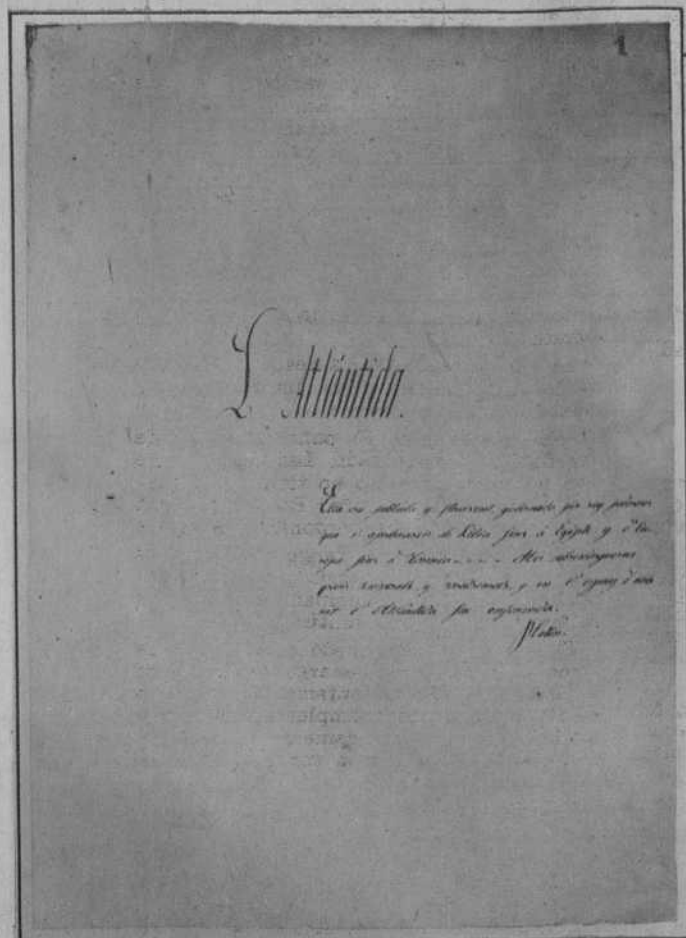


*Retrato de
Mosen Verdaguer,
por Ramon Casas.*

Página primera del poema.



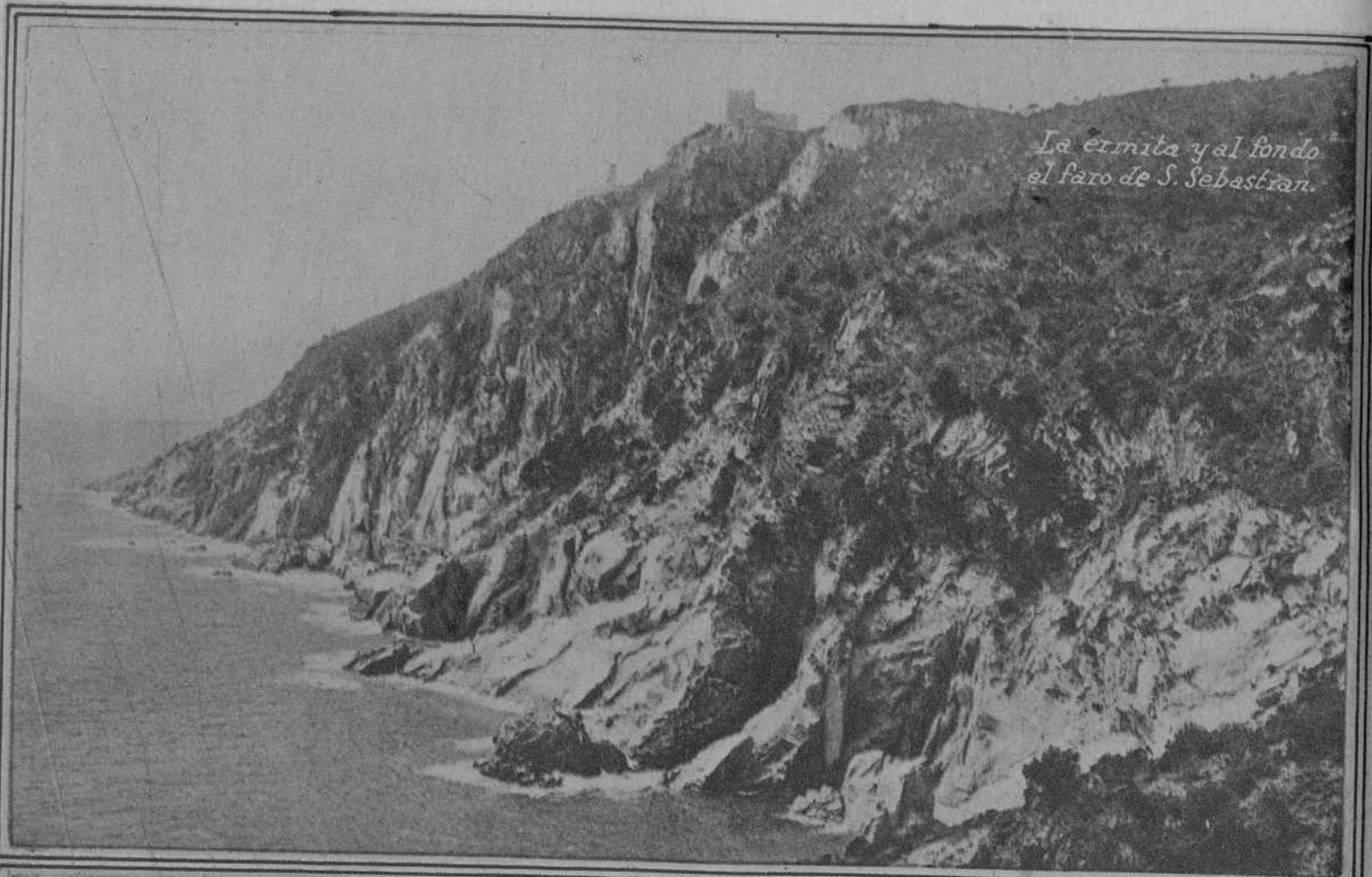
La primera edición de L'Atlántida.



*Folgarola, pueblo natal de Mosen Verdaguer, con el
monumento a él dedicado.*

El jueves, día 18 de Noviembre, cumplieron cincuenta años de la publicación del poema "L'Atlántida" de Jacinto Verdaguer. No hemos querido que pase esta efemérides, sin recogerla en nuestras páginas.

(Fots. Mateo y Casañas).



*La ermita y al fondo
el faro de S. Sebastian.*



*Llafranch y Calella,
vista desde el faro.*

EL FARO DE SAN SEBASTIAN

Uno de los puntos mas bellos de la Costa Brava - tan pródiga en bellezas - es la punta de San Sebastian, en la que se levanta el faro, desde el que se domina el hermoso litoral, de Palafrugell a Bagur. (Fots. Roisin).



OLD SPAIN?

Una ventanita iluminada...

Por LUIS DE ZULUETA

«Old Spain, don Joaquín!»... ¡Siempre «Old Spain!»...

«Old Spain!»... ¡Vieja España!.. El grito final que en la obra de Azorín que lleva ese título dirige al protagonista su inseparable amigo Mister Brown, resonaba aún en nuestro espíritu cuando, al salir del Teatro Reina Victoria, caminábamos lentamente por la carrera de San Jerónimo... «Old Spain», don Joaquín!..

Tarde lluviosa de domingo. Entre la neblina otoñal, brillaban a lo lejos, multicolores, los anuncios luminosos de la Puerta del Sol... ¿Vieja España?, repetíamos nosotros entre el rumor de la multitud transeunte y los bocinazos de los automóviles de la ciudad moderna...

Plantéase en la obra de Azorín el hondo problema de la tradición. ¿No es admirable esa Nebreda, la antigua villa castellana, en la paz de su vida provincial, con sus iglesias históricas, sus nobles hidalgos y sus buenos campesinos, estos campesinos españoles que han sabido unir maravillosamente la pobreza con la dignidad?

¿Qué hacer de Nebreda? Llevar a ella, no hay duda, pero sin desnaturalizarla, ni robarle su carácter, su patina secular, todas las conquistas del moderno progreso. Del viejo tronco brotarán verdes ramas. Sin embargo... Ese progreso moderno, mecánico, industrial, técnico, utilitario, ¿es el verdadero progreso del alma humana? Y, por otra parte, cuando el humo de las fábricas envuelva a la ciudad renovada, ¿no habrá perdido la tradicional Nebreda su aroma de intimidad y de recuerdo?

La condesita de la Llana, enamorada de Joaquín González, el norteamericano español, marchará con él a Nueva York, abandonando la solariega morada de Nebreda y la quietud de sus humildes campiñas. ¡Adelante siempre! ¡Ramas nuevas en el tronco venerable!.. Pero, desde lejos, oirá González la voz de su «alter ego», de su «doble», de su sombra, evocando el amor a la vieja España... ¡Don Joaquín, siempre «Old Spain!»...

La tradición!.. Gran cosa es la tradición. Pero hay que desconfiar de los tradicionalistas. No es la obra de Azorín una obra tradicionalista—los tradicionalistas cerrados la repudian—por lo mismo que late en ella la emoción profunda de lo tradicional.

Gran cosa es la tradición. Es la misma raíz del árbol. Mas la fuerza y el valor de la raigambre ha de mostrarse en la lozanía de los nuevos brotes. Los tradicionalistas que escarban y exhuman las raíces se exponen, con tanto exhibirlas, a dejar el árbol seco y estéril. «Por el fruto es conocido el árbol». La buena tradición no es la tradición muerta, detenida, momificada, sino la tradición viva, la savia creadora, la fuerza evolutiva que da en cada primavera nuevos frutos, y en los tiempos modernos frutos modernos.

Pero, ¿y el sabor incomparable de los viejos recuerdos, las reliquias históricas, las notas pintorescas, los monumentos seculares? Ciertamente, que todo esto debe, en lo posible, conservarse como oro en paño. ¿Habéis notado, sin embargo, quiénes son los que mejor conocen, guardan y admiran los tesoros artísticos del pasado? Por lo común, son los hombres progresivos, son los que viajaron por el mundo, son los espíritus abiertos al presente y al porvenir.

Esos, los «europeizados», son precisamente los que, como Costa, como Giner de los Ríos, como Ganivet, como Unamuno, como Ortega y Gasset, como el propio Azorín, han ahondado en nuestra auténtica tradición, han rehabilitado el noble paisaje de Castilla, han hecho sentir a la generación actual la poesía de la vieja cerámica o de las canciones populares, el encanto de esas villas históricas—grises murallas sobre las que asoma el verde oscuro de olmos centenarios...—que, al alba, se despiertan con el claro tañido de la campana de la torre de las monjas.

Se habla del siglo XVI. El siglo XVI se abre con Luis Vives, nuestro primer pensador, y se cierra con Miguel de Cervan-

tes, nuestro mayor artista. Ambos fueron españoles «europeizados» de su tiempo. El uno, pasando toda su vida en las costas de Flandes y de Inglaterra; corriendo el otro las riberas mediterráneas, abrieron su corazón a todos los vientos de su época, y esculpieron, en la honda cantera de la raza su propia alma española con el cincel de la cultura universal.

«Old Spain!»... ¡Noble alcázar de la vieja España, donde se guardan, como en el palacio de Cilleros, en la azoriniana Nebreda, memorias gloriosas, lienzos y armaduras, maravillas del arte!.. Los que emigren a tierra extraña evocarán siempre, en la nostalgia de la noche, la sombra del antiguo palacio, donde verán brillar desde lejos—para decirlo con palabras del propio Azorín—«una ventanita iluminada»...

Pero lo que, desde fuera, es la ventanita iluminada, es, desde dentro, cuando resplandece el día, una ventanita luminosa. Sepamos tener nosotros de par en par abierta la ventanita luminosa a través de la cual nos llegue toda la claridad del exterior. Que entre por ella el aire libre trayendo en sus alas la vibración espiritual del orbe entero. Que no nos sea ajeno nada verdaderamente humano. Que mantengamos siempre propicia el alma a todo lo que sea avance, estímulo, vida, noble anhelo, curiosidad despierta hacia las cosas nuevas y ardiente deseo de las cosas mejores.

Lo mismo también en la esfera individual. Que cada uno de nosotros, dentro de la cripta silenciosa de su conciencia, donde se custodia el relicario de sus ideas más queridas, de sus sentimientos más sinceros y en cuyos muros están escritas las normas de su vida, ya heredadas de los antepasados, ya grabadas, quizás, algunas por su propio esfuerzo, deje también constantemente abierta su ventanita luminosa. Vivir es perdurar; pero es, a la vez, renovarse. Nadie cierre su ventanita luminosa ni aún en sus años maduros. No queramos vivir sólo del reflejo de la aurora de nuestra juventud, cuando cada nuevo día la aurora con sus dedos rosados llama otra vez a nuestra ventana...

LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

Por CASIMIRO GIRALT

VOLVIMOS A EL...

Pareció el bailarín con su maleta rota, su sombrerera atada con un cordel, su fío de ropa envuelto en papel de periódico, por el que asomaba un calcetín...

Su corbata y la que había pagado una libra, sus zapatos de magnífica piel de Rusia, flamantes, y el costosísimo perfume que despedía su pelo, contrastaban extrañamente con su traje raído, su camisa deshilachada, su gabán arrugado como un acordeón.

Aquellos singulares bártulos, atados con cuerdas y cordeles, componían todo el equipaje. Llevaba en ellos su frac, su smoking, sus zapatos para el baile americano, su sombrero de copa y un magnífico impermeable que se había apresurado a comprar a su llegada al Cairo.

Un hombre sin ropa blanca, con solo un indumento de frac y smoking, como si estuviese condenado a vivir en perpétua etiqueta, había adquirido un costoso impermeable en un punto que no lleva nunca!

Nunca dicho que nuestro simpático bailarín era un hombre extraordinario, y nos hemos quedado cortos. Era bastante más, según afirmaba el sermiente:

—Soy joven, elegante, artista, viajado y... matemático.

Con este «matemático» queda dicho todo. Una sola palabra basta a veces para definir al ser más... Medado.

Nuestro personaje, como había yo supuesto, llegó en el tren inmenso, unas horas después que nosotros. No hizo más que descender del él que le llevó de la estación al teatro y apareció a mis ojos jadeante, sudoroso, fingiendo extraños ahogos. De haber venido a pie desde Alejandría no hubiese llegado en tan aparentemente lamentable estado.

—Al canal «ese» del negro del hotel se le olvidó levantarme. ¡Buena! ¡Pa qué! Le puse negro, es decir... negro, no, «imoraol» ¡verde! Le lancé un puntapié en el «ocupicio»... y un «directo» al almacén gástrico, que quedó allí sin sentido. ¡Ladrón! El «tié» la culpa de que haya perdido el tren.

Creí prudente atajar su furia y le dije mirando maquinalmente su equipaje:

—¡Cálmese, por Dios! Un hombre que como usted tiene tanta cuerda no debe perder la serenidad.

Me miró un tanto receloso, me preguntó el nombre del Hotel en que se habían alo-

jado sus compañeros y se alejó echando vectivas contra el desdichado negro causante de su retraso.

Port-Saïd había despertado con sobresalto al rechinar de las ruedas del carro de la farándula barcelonesa que se detenía ante la puerta de «Eldorado», su teatro único, siempre cerrado, siempre dormido como la población en una paz de aldea.

No era el buque que llega, al que hay que nutrir de carbón y de víveres... No eran los viajeros a los que hay que desbalar con el espejuelo de unas baratijas... Era la alegría que pasa con risas de mujer, con músicas y conciones alegres que evocaban tierras remotas y horizontes desconocidos.

El romanticismo que como en el pecho de cada hombre, duerme también en la entraña de todo pueblo, despertó nostálgico. El alma entreabrió todas las puertas y asomó su cabecita soñadora sonriendo tímida ante la alegre caravana.

Cundió la buena nueva. Triunfó el espíritu. Una inquietud desconocida se adueñó de las gentes. Port-Saïd no fué en aquellos días el puerto-bazar, de bolsa insaciable de mercadería; la venta o casa de postas, perdida en la encrucijada de los caminos de Oriente, al acecho del viajero incauto. Fué la ciudad en fiesta de alegría ruidosa, llena de admiraciones ingenuas y entusiasmos desbordantes.

Se realizó el milagro. «Pais de Sol y Postales de España» triunfaron en noches gloriosas. El adiós a Egipto, en aquella Ciudad, deparaba a «Mujeres y Flores de España» uno de sus recuerdos más gratos.

Con la noticia de que el vapor griego «Albassich», que había de conducirnos al Pireo, retrasaba su salida, llegó a nosotros la nueva de que el «Isla de Panay», procedente de Filipinas y con rumbo a Barcelona, haría escala en el puerto con objeto de aprovisionarse de carbón.

El júbilo fué general. El «Isla de Panay» había desembarcado en el archipiélago filipino una compañía española, de operetas y zarzuelas, en la que figuraban queridos compañeros. Ibamos a saber de ellos, de su debut en Manila, del éxito artístico y económico de su actuación... Ibamos, también, a colmar de encargos a los marinos para nuestros parientes y allegados de Barcelona...

Y, finalmente, habían de ser ellos, nuestros bravos marinos compatriotas, los que los pocos días, a su llegada a la Ciudad

Condal, esparcirían la nueva del éxito triunfal de «Mujeres y Flores de España».

La noticia, contada por testigos presenciales, no dejaría lugar a dudas, y extendería en las Ramblas, en los corrillos de los comediantes, y a los pocos momentos, corriendo como únicamente corren las noticias de teatro, llegaría a todos los escenarios, a todos los marineros, a los rincones más recónditos de los teatros todos, siendo comentario y tema obligado de conversaciones y polémicas animadas.

A esta idea el alma de niño que lleva en sí todo comediante, asomó alborozada. Nadie a la vista del teatro atlántico español, sintió con la añoranza de la ciudad querida, el deseo de regresar a ella... Una intrepidez inusitada se apoderó de todos... El ejército que partió temerario a la conquista de Oriente, mantenía su cohesión, su disciplina, su arrojo, y quería seguir su ruta victoriosa hasta al fin, a todo coste, con todo empeño, aunque los abrojos del camino hiciesen temer su corazón.

Idéntico júbilo que nosotros sintieron el capitán y la oficialidad del «Isla de Panay», al inesperado encuentro de unos compatriotas en aquellas tierras. Fué una noche inolvidable. Los marinos y los artistas confraternizaron durante unas horas gratísimas. El teatro, como en los días anteriores, se llenó de bote en bote y el consul de España en la población obsequió a las artistas con hermosos ramos de flores y con sendas cajas de ricos cigarrillos egipcios a sus compañeros.

Aquella noche en la terraza del Hotel Marina, magnífica atalaya sobre el puerto dormido, la mirada absorta en la contemplación de la insuperable belleza de un amanecer azul de maravilla, sintiendo ya la añoranza de aquellas tierras que íbamos a abandonar, ratifiqué solemnemente ante mí aquella promesa que de ritual acostumbraba a formularse ante el público en noches de despedida:

—No decimos adiós, sino ¡hasta la vuelta!
—«Mujeres y Flores de España»... me dije con convicción, volviendo a Egipto conmigo.

Sin otra formalidad quedaba con ello decretada una tercera expedición de catalanes a Oriente. Don Quijote, apenas repuesto de fatigas, de «carreros descalabros», tal vez, a poco de su llegada a la ciudad condal—su ciudad adoptiva—se dispuso a prepararse para su tercera salida.

ARTISTAS CATALANES EN PARIS

Junto al horno de Llorens Artigas

Por J. CASANOVAS

El otro día hallé, en Montparnasse, al ceramista J. Llorens Artigas. Frecuenta poco el barrio por que, en tren de consolidar su prestigio en París, vela el fuego sagrado de su horno de artifice, del que todo lo espera, allá en el taller que tiene en Charénton-le-Pont. La conversación con Llorens Artigas es de un extraordinario interés. Hombre que vive del arte, para el arte y por el arte, cuyas producciones moldean sus manos, decoran sus pinturas y cuecen sus hornos, adaptado a la vida de la gran ciudad, conoce los mentideros artísticos y los secretos de no pocos triunfos y actitudes de muchos de sus sacerdotes. Salpica siempre el comentario con palabras intencionadas o sonrisas benévolamente maliciosas...

Y reanudamos la conversación a los pocos días en su taller. Al salir de París, bordeando el Sena, y a los pocos pasos de la puerta de Bercy, diríase que, como un vigía, una alta y sorprendente chimenea lo anuncia. Aquella chimenea cuya altura de unos treinta metros contrasta con la poca que tienen los edificios del alrededor y del propio taller que parece un enano al lado de un enorme gigante, aquella chimenea, digo, vomita el humo del horno del ceramista Artigas, que en cada cocción y hornada afirma el ascenso de su carrera. Pero estos días los fuegos están apagados, el artista dá los postreros toques a trabajos cuyo último aliento le dará el fuego.

Llorens Artigas os hace recorrer el taller con la alegría infantil del que llega y diríase que vence. Los dos hornos que tiene os los hace contemplar con devoción, con la mucha que pone en su obra. Diría que los toca con la querencia del idolatra al ídolo, con pasión de enamorado. Con el respeto que merecería al alquimista el matras

de donde pretendiera arrancar la piedra filosofal.

Nuestro ceramista fué alumno y después secretario de la «Escuela Superior de Bells oficis» y al ser ésta disuelta, vino a París, donde, a los dos años escasos y sin otro bagaje que el mucho de su preparación artística, se halla en su taller de Charestón, con hornos propios y con estima en el mercado. Hasta ahora había colaborado con el pintor Raul Dufy, pero estando en plan de consolidarse, parece que ya acudirá a la exposición del Museo Galiera, con producciones absolutamente propias. Cree que en París se hallan los mejores ceramistas modernos, entre los cuales cita a Decoéur y Lenoble y en vidrios a Marinot, si bien él siente una gran devoción por los japoneses.

Pero le gusta hablar poco de él y me entrena a caminar por otros aspectos del arte y de nuestros artistas, que, sin formar el arte catalán, como algunos pretenden, hay entre ellos formidables individualidades que no dejan mal el pabellón. Para todos tiene un comentario certero, intencionado, algunas veces, pero cariñoso siempre, con el cual trata de fijarlo—porqué Artigas es también crítico—en la escala artística. Del pintor Humbert, señala, que tal vez modalidades de carácter dificultan su entrada en la corriente comercial, si bien es de los que espiritualmente se nutren bien, aunque carece de movilidad para «colocarse» en el mercado—. Togores, poco cuenta en París; sale todo para Alemania. El judío alemán, marchante de sus obras, lo deriva hacia allá, donde alcanza un gran papel—. Pruna, deriva, por su parte, hacia la América del norte, pero entrará en París, a pesar de la resistencia a asimilarse al extranjero, porque no puede su relación intelectual con los literatos de vanguardia. Mirases una

influirán en la corriente pictórica francesa.

A Picasso («uno de los nuestros», que decía Aguilar a Paco Madrid, pero genio) el maestro de la pintura moderna, parece que no deja de entorpecerle el camino el lastre de su juventud con Max Jacob, Apollinaire y Salmón, por el fondo un poco desprecupado de aquellos días. Es algo víctima de su pasado, a la manera que lo fuera, tal vez, el banquero que hubiera sido anarquista en su juventud. Por ello el maestro, para mantener su sitio, no tiene bastante con sus triunfos y el dominio de la pintura, sino que tiene que aderezarse un poco con genialidades ajenas al arte. Tiene que mantener su «esprit», por cuyas manifestaciones, más que por su pintura, los franceses se lo apropian. Así no le llaman español, como llaman a Cest, por ejemplo, pintor al cual últimamente se ha pretendido descubrir, y a quien acompañan sus éxitos mundanos, su riqueza y unos méritos de virtuoso para decorar Catedrales modernas y palacios burgueses...

También un comentario para los escultores. Gargallo indiscutiblemente se halla ya en la corriente francesa... Lo envuelve el nimbo del triunfo, como a Manolo Hugus que también figura en la corriente.

He procurado traducir algunas de las palabras de Llorens Artigas. Su conversación da tema para mucho, pero el rosario sería interminable... No dejó de censurar la preocupación patrioterica, corriente en nuestra tierra, de presentar siempre a quien se quiera que son luchadores artísticos fuera de su país como genios intangibles de nuestro suelo. El oro escasea selectivamente apenas si existimos y las individualidades que se destacan se confunden en el inmenso torbellino de las corrientes universales.

La triste aventura del Sr. Recasens

Por JOSE MARIA PLANAS

De eso hace ya mucho tiempo.

El señor Recasens, buen burgués, rico de nacimiento y tonto de la misma época, vivía plácidamente en una casa de San Cugat, rodeado de aquella blanca voluptuosidad que tiene la vida fácil y bien ordenada. Estaba medio desengañado del mundo. Durante la guerra le siguió la desgracia en cuantas empresas tomó parte. Negocio en el cual él se metiera, negocio que se iba or puertas. Publicamente, su buena voluntad superaba a su inteligencia, eso es, que nunca intervino en política. Finalmente, tuvo el feliz acierto de quedarse en casita, dedicado exclusivamente a la vida contemplativa y a la honesta profesión de rendista, cada día más cerca de su dulce esposa, muy corta de vista, dicho sea de paso. Esto no obstante, quizá a pesar de esto, no habían tenido ningún hijo.

Acacció en plena primavera. Un martes traidor, el señor Recasens estaba entregado al sagrada momento de la digestión, cuando, de improviso, en el jardín, sonó breve campanillazo. Serían cosa de las cuatro. La muchacha, anunció a su señor que deseaba ser recibido. Se presentó el individuo en cuestión. Era alto y patizambo. Unos mostachos rojos y desordenados y un sombrero hongo en la mano derecha, enguantada de gris. Un chaleco fantástico y unos pantalones de corte. Los botines, del color del bigote y la piel del color de los botines. Total, una caricatura vinícola. Un francés hecho y derecho.

—Tenño un bran placer en conocerle— empezó—. Con su permiso, si no le molesto, quiero hablarle de cierto asunto importante.

—Usted dirá—respondió nuestro hombre.

—He venido a molestarle, y espero que no le ha de doler. Se trata de la salvación del mundo. No se emocione. El genial proyecto que tengo iniciado, al mismo tiempo que constituye una obra regeneradora, ha de darnos muchas pesetas. Me atrevo a contar con su conformidad.

Hubo una pausa, que fué aprovechada por el señor Recasens para arrellanarse en la butaca con una tenue sonrisa de hombre sapiente e inexpugnable.

—Se trata—, prosiguió el visitante cerrando los ojos y bajando la voz— de crear un metal nuevo. Este metal suplirá ventajosamente a todos los metales conocidos y por conocer. Reuniría las máximas condiciones para emplearlo en todos los diversos aspectos. Para joyas, para máquinas de coser, para hacer explosivos, para cacharros de cocina, para ejes de carro... Para todo absolutamente para todo.

Aquí, el inventor tomó un poco de aire, que bien merecido lo tenía después del esfuerzo llevado a cabo. A pesar de eso, continuó:

—Piénselo bien, querido amigo. Podemos llegar a dirigir todo el mundo. Solamente faltan unas pesetas para lograr la implantación en firme del milagroso metal. Elasticidad, pureza, ductibilidad, precisión, buen gusto y economía.

El orador se enjugó la frente, salpicada de sudor. Después, miró al señor Recasens, que había quedado como culebrado. Aquella invitación de un carácter fraterno-económico, le había llegado al corazón.

—Hombre, hombre...—murmuró— que quiere usted que le diga...

—Mire—revino el apóstol—no puede fallarnos. Tengo la absoluta seguridad de que nos ha de producir un rendimiento magnífico. Las pruebas que he llevado a cabo, son inmejorables, un verdadero hallazgo. Quie-

ro decirle, aún, que cuento con el apoyo incondicional de los talleres Franc Marsal.

El señor Recasens empezaba a titubear:

—Sí, ya es una garantía...

—No lo dude.

—Diga—, dijo, al fin, decidiéndose— ¿Qué capital tendría yo que invertir en eso?

—Es difícil de contestarle, señor Recasens. Si está decidido a ayudarme, puede venir mañana a mi obrador, que está en Gracia. Le mostraré los ensayos que llevo hechos y entonces concertaremos.

—Está bien, y me parece que nos entenderemos. ¿Dónde debo dirigirme?

El inventor apóstol le entregó una tarjeta y el señor Recasens, emocionado, le entregó una mano, mientras cambiaban una amorosa mirada. Una vez en la puerta, casi se abrazaron. Aquellas fraternales manifestaciones eran el preludio de una época de paz y prosperidad que iba a iniciarse, sin que nadie tuviera de ello la más leve sospecha.

A la mañana siguiente, en casa del inventor, el señor Recasens, no cabía en sí de gozo. No entendía nada de nada, pero a cada nueva demostración, no podía menos que entusiasmarse. Había tenido ya en sus manos y en miniatura, unos platos y cacerolas, un fusil «Mauser», un cubo, una navaja, un velocípedo, todo del mismo metal, incluso un «Ford», más reducido aún que los auténticos. Era sencillamente prodigioso. El sabio francés iba explicándole y el señor Recasens asentía, a todo, lleno de gozo.

—Bravo—dijo a manera de resumen— bravísimo. Vaya adelante con su idea y cuente conmigo. De momento, ¿qué capital le parece necesario para trabajar en firme? ¿Veinte mil pesetas? ¿Quiéreme el favor de aceptar este cheque?

El nuevo socio hizo la merced de aceptar el cheque que irradiaba como un símbolo y los dos hombres se cambiaron un largo apretón de manos.

Camino de su casa, el señor Recasens repetía maquinalmente y con intermitencias emocionadas, unas palabras que, de tan blancas, parecían caídas muellemente de las alas del Santo Ángel de la Guarda:

—Finalmente... ductibilidad... libertad... buen gusto...

Naturalmente, todo eso fué un solemne engatusamiento. Ellisto francés cogió el obrador bajo el brazo y desapareció de aquellos contornos.

El señor Recasens vivía feliz, sin sospechar nada. No obstante, después de cuatro días de no haber recibido ninguna noticia, empezó a escamarse, viéndose ya el temporal encima. Su mujer acabó de convenecerle:

—¿Lo ves, hombre? Ya te lo previne. No puedes fiarte de nadie. De todas maneras, lo hecho, hecho está, pero no te duermas, por eso. Ves a ver si lo encuentras.

—No lo haré—musitó el señor Recasens sin convicción—quizá nos hemos alarmado con demasiada anticipación. ¿Qué papel haría yo presentándome a reclamar una cosa que no comprendo? Además, ¿con qué excusa me presento? Yo, no entiendo en el negocio, pero al fin y al cabo, Mr. Pipelet puede ser un buen sujeto.

—Pues haz lo que quieras. O vas a verlo, o perderás las pesetas.

Conviniéron, al fin, que el señor Recasens le devolviese un paraguas que el sabio

inventor dejó olvidado el primer día que los visitó. El caso era, que Mr. Pipelet, no se había olvidado paraguas alguno, ni tan sólo lo había llevado, pero lo mismo daba; la cuestión era encontrar una excusa.

El buen burgués le devolvería el paraguas, el otro diría que no era suyo, y así quedaría justificada la visita, que podría ser aprovechada para que el francés explicara su conducta.

Dicho y hecho. El señor Recasens escogió el mejor paraguas que tenía—un magnífico ejemplar, doscientos francos en Marsella, antes de la guerra—y se fué a Barcelona.

Una vez llegado a la casa del inventor y después de aguardar un buen rato, le dijeron que Mr. Pipelet se encontraba en los talleres Franc y Marsal. El señor Recasens respiró un poco aliviado. Ahora—se dijo— conocerán al mecenas de esta obra regeneradora. Se quedó petrificado cuando le notificaron que en aquella casa no conocían a ningún Mr. Pipelet. Allí conocían a un tal Ignacio Surroca y aun este, hacía ya cinco años que había muerto.

El buen burgués no quiso atender esas amables referencias y, hecho una furia, se dirigió de nuevo a la mansión del falso apóstol. De un empujón metió el criado adentro, y, decidido, se hizo anunciar.

Mientras aguardaba pegó hasta él un confuso ruido de risas y chillidos, voces femeninas y sonidos de cascabelos.

Salió Mr. Pipelet, envuelto correctamente en un pijama japonés.

—¡Hola!—dijo por toda salutación. No se había sacado las manos de los bolsillos, y el señor Recasens creyó ver cómo removía algo. Quizá un revólver. Entonces se ablandó un poco su ira, y, tartamudeando, empezó a recitar la escena ya casi olvidada.

—Perdone Mr. Pipelet; pero hasta hoy no nos hemos dado cuenta. Aquí le devuelvo el paraguas que usted se olvidó el día que fué a visitarme.

El otro tomó el paraguas y lo examinó:

—Es mío, efectivamente. Muchas gracias, señor Recasens, usted es la amabilidad en persona.

El buen burgués abrió desmesuradamente los ojos, mientras el inventor continuaba:

—Sí, sí. Es mío. El puño de oro y de marfil. La tela de seda. Las iniciales no son las mías, pero eso no tiene importancia. Muchas gracias, señor Recasens. Usted es mi padre. Ya me perdonará que no le dedique más tiempo. Tengo unos amigos que me esperan y no sería gentil desatenderlos. —¡Gustavo! Acompaña al señor. Le reitero mis mejores sentimientos.

El señor Recasens quedó helado. Parecía como si le hubiesen descargado un mazazo en la cabeza. Inconscientemente se dirigió a la puerta, la cual, completamente abierta, le invitaba afectuosamente a traspasar su linde. Casi ni oyó la voz francesa que se dejaba oír otra vez:

—¡Ah!, me olvidaba. El metal aquel, amigo mío, ha fracasado por completo. Creo que solamente podremos aprovecharlo para fabricar anillos de seguridad para los paraguas.

Una vez en la calle, el señor Recasens andaba tambaleándose como si estuviera bebido. Miró al cielo, el cual, moviéndose irónicamente y como obedeciendo a una consigna, abrió sus minúsculas ventanillas y cayó un chubasco formidable.

Un tipo inverosímil

Novela corta por M. D. BENAVIDES

I

Leoncio Castromil, largo y flaco, burgaba las sombras con sus ojillos encendidos de rabia, que sólo sabían llorar las lágrimas de la malicia. Su cuerpo de histrión estrabábase de una manera hiperbólica, como si creyera posible la formidable pirueta de tocar el cielo con las manos. Y sobre los hombros puntiagudos, erguía la cabeza picuda, cabeza de pájaro nocturno cuyo destino cierto está escrito ha de ser: «Te estrellarás la sesera contra las paredes de un fanal».

Leoncio Castromil buscaba a su tío Sergio, al que adivinaba hecho un fantasmón y espeluznado de espanto, plantado como un hombrerito en la meseta de las escaleras.

No podían verse.

Sus voces nadaban en las sombras, abriéndose camino por un medio de la noche, que parecía cogida como en una ratonera en aquel portal hondo y de losas escurridizas por la salivilla de la humedad.

—¡Estás loco, completamente loco!—bramó súbito don Sergio.

Entre desasosegado y burlón, el inverosímil Leoncio inquirió:

—¿De veras, tío?

—Y tan de veras, que ahora mismo, por la cruz del hábito que visto, te ordeno y mando que nunca más traspongas esos umbrales.

—¡Amén!

El viejo se mesó las barbas y pateó con gracia caduca.

—Vete y no vuelvas. Has puesto cianuro en mi casa. ¡Reniego de tí!

La hostilidad de su tío, que se sacudía las manos como si las tuviera mojadas, profirió a Leoncio una ventolera de risa.

—¡Diablo con el hombre! ¡Y se enfada!

—¡Fuera te digo! Nada tienes que ver con nosotros. Somos de raza distinta. Oye lo bien: ¡tú y yo, raza distinta!

—¡Estás seguro de lo que hablas, mal naballero?

Leoncio no obtuvo respuesta para su pregunta, y tras mucho esperar, hizo bocina con las manos y lanzó al rostro enmascarado de sombras, de su anciano pariente, estas palabras frenéticas:

—¡Hermano de mi madre!

Oyóse un jadeo de lobo, un resoplido de bestia a la que le retumbaban las carnes y que se revuelve mostrando en la encarnadura de las encías los dientes carniceros. Y a seguida, los peldafes pusieron a gemir bajo el castigo de unos pies que los oprimían finamente, haciendo que la planta, de la punta al talón, cayera entera sobre ellos.

Castromil cogióse el vientre a la manera de las viejas cuando casean la risa, y una vez se le hubo pasado el regocijo, púsose a contar:

—1... 2... 3... 4... igual 10.

El viejo se achantó, del todo perdidos los arreos.

¿Estaría loco su sobrino, como lo aseguraban el Magistral y don Justo Cobos, familiar de Su Ilustrísima?

Hubo una pausa.

Y la voz turbada del Caballero de Santiago, voz de sochantre beodo, hizo burbujear, tal que si saliera de debajo del agua, las negruras de la noche:

—¡Profesor! ¡Calamidad! ¡Teósofo!... ¡Vete! ¡Vete y no vuelvas! Te lo aseguro, me revientan tus cuentas del demonio.

Y con los pelos de punta, arrastróse hasta esconderse en cualquier sitio.

Leoncio rióse calladamente, con una risilla de chisgarabís que metía miedo.

—¡Te atreves a reír, alma de Satanás?

—Sí, tío.

—¡Te burlas en mis honradas barbas de Caballero de la Iglesia?

—Me diviertes, tío.

—¡Pues condenado seas, ladrón!

Y otra vez la risilla de chisgarabís que metía miedo, saltó a Leoncio fuera de los labios y acoquinó a su arrebatado pariente.

—Oyeme, tío Sergio. Voy a decirte la verdad ahora que estamos a oscuras... ¡Me ves tú a mí?

—¡Nunca tal suceda! ¡Antes ciéguen mis ojos!

—Bobadas, tío. Quedamos en que no me ves.

—No, no te veo.

—Pues escúchame.

Las palabras se balancearon desde el portal hasta las escaleras, permanecieron suspensas como cosa de un segundo sobre la cabeza del santiaguista y rebotaron luego como pelotazos sobre su cráneo lirondo.

—No niego que creo con Hércules, Pitágora y Platón, que las potencias del alma residen en la Vía Láctea antes de descender a la existencia sublunar.

Así comenzó diciendo el inverosímil Leoncio; y después de tomar un respiro, prosiguió:

—No niego que conoco el secreto de la Década Mística: 1, más 2, más 3, más 4; igual 10. Y que admito el nacimiento del Protógenos con anterioridad al maravilloso instante en que el Caos, uniéndose al Eter, se hizo sensible... Pero lo que sí niego es mi supuesta condición de teósofo. ¡No lo soy! ¡No he querido serlo! ¡Quién diga lo contrario me infama y calumnial... ¡Por qué, pues, no me das a tu hija en matrimonio?

Aquello era más de lo que el anciano caballero podía aguantar.

—¡Cristo me valga!... ¡Y te atreves a preguntármelo?

—¡Última fuera que yo no te lo preguntase!

Don Sergio echóse las manos a la cabeza, dióse de puñadas con truculencia, lanzó grandes gritos y trazó, por último, una cruz en el aire.

—¡En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: Tres en Uno!

Y, tantándose en la noche, corrió alharquiento, los brazos extendidos en ademán de empujar las sombras que le cerraban el paso.

—¡A mí los de la casa!... ¡Suelta el perro, Nicasio!... ¡A mí! ¡A mí!

Resbaló o tropezó. Cayó. Sonó el clamor de la servidumbre alarmada. Latió bronco un mastín. Y una luz se hizo en lo alto.

—¡Se ha escachado!—bisbiseó Leoncio.

A sus pies, don Sergio alentaba penosamente, con el rostro supino manchado de sangre y las barbas santiaguistas avillanándose al arrastrarse por el suelo.

Y a impulso del bochorno que le produjo esta visión a entrecruce en el hábito piadoso y guerrero que su tío llevaba puesto—¿Por qué? ¿Para qué?—Castromil echóse a la calle.

..

El no estaba aún tan loco como se fan. Fué poco después cuando su enfermedad reventó, tal un abceso maduro, y en circunstancias bien extrañas.

Llovía mucho, y la lluvia ocultaba a todas las cosas. Jacobea parecía más arrecida que de costumbre. Calles y plazas hallábanse solitarias. Nadie caminaba por ellas. Ni siquiera una de esas mujerucas que suelen verse humillándose en todo tiempo y a toda hora—de invierno a invierno y de alba a alba—camino del templo, al cual dijérase no ha de llegar nunca.

Tanta soledad y tanto silencio impresionaron al inverosímil Leoncio.

—¡Ni un alma!—exclamó.

Y se detuvo perplejo.

Resultábale demasiado triste y hasta acongojante el espectáculo que ofrecía la católica y húmeda Compostela.

¿Dónde se había escondido el pueblo?

Acaso anduviera emigrado y en la ciudad no viviesen los hombres desde mucho tiempo atrás. ¡Y quién sabe si una terrible maldición era la causa de que sus moradores hubieran huído!

El pavimento enlucido por la lluvia invitaba a sospechar la existencia de una esperanza sentimental en Compostela; y siendo así, cabía pensar que la ciudad levítica adornábase para recibir a su dueño. ¡Y por qué no también en el llanto inagotable de un carfio revuelto por el estornudo de los celos?

Pero en tantas cosas podía pensarse, que lo mejor era no pensar en ninguna.

Lo único cierto es que el espectáculo resultaba triste. Demasiado triste.

Distraído con estas reflexiones, Castromil aventuróse en un charco y dió un brinco para ponerse en seco.

Llovía mucho y todos los caminos estaban borrados: los de arriba y los de abajo.

De pronto, una ráfaga desfiló la lluvia, sacudióla con violencia, escarnció el suelo con golpes que sonaron lo mismo que bofetadas, la apartó a un lado y puso al descubierto una corredera flanqueada de soportales.

Larga era la corredera. Y los soportales, con los arcos como dos teorías de fantásticas hornacinas, semejaban el abrigo

de unos santitos—la peana de piedra y el cuerpo de palo—que estuvieran chorreando y con las manos juntas, pidiéndole al cielo no extremara sus lágrimas.

Tras los cristales de una ventana luminosa, tres niños pálidos, rubios los tres, vestidos de terciopelo negro, miraban cómo caía el aguacero y rogaban a coro con menudas voces:

Que llueva,
Que llueva...

Pero rogaban sin fe en que los pajaritos cantasen y la tierra se esponjara bajo la caricia del sol, al concluir la lluvia.

Leoncio paróse a observarlos.

Una sombra enfaldada acercóse a los tres niños, y dos manos azules, a la luz de una lámpara adherida al techo y blanca y redonda como una luna, acariciaron las tres cabecitas.

Cerróse la ventana al poco, y los tres niños pálidos, rubios los tres, vestidos de terciopelo negro, sumieron en pos de la sombra en el sueño de piedra de aquel sombrío hogar.

—¡Criaturas!—murmuró Leoncio—. ¡La madre y los tres hijos!... ¡Criaturas!

Largó una mirada zahorí al enorme edificio y añadió:

—Primero fué iglesia; cuartel después; convento más tarde y ahora iglesia, cuartel, convento y hogar... Es decir, nada. Es decir, mucho. Es decir: Resumen de la historia de un pueblo.

Miró en redondo y concluyó con pesadumbre:

—¡Desgraciado del que nace y muere aquí!

Y prosiguió su camino.

¿Cuánto tiempo anduvo?

Nadie podrá nunca decirlo.

Anduvo. Anduvo. Anduvo.

A tontas y a locas.

De aquí para allá.

Hasta que al fin encontró su casa.

Y todo arreo, metióse en ella, entróse en el estudio, tomó asiento en buen lugar y quedóse dormido.

De cómo Leoncio Castromil habíase despenado en las simas de lo abominable, hay las siguientes noticias, de las que yo no dudo y de las que el lector tampoco debe dudar.

Rapaz aún, su familia hubo de someterle al preceptorado de un canonista medio turlato, que le enseñó tres cosas buenas—las disciplinas del «trivium»—y cuatro cosas, a juicio de muchos, malas—las disciplinas correspondientes del «cuatrivium».

Mas no paró aquí el canonista, sino que, mantenido en su preceptorado por el muchacho cuando éste, ya huérfano, encontrábase en edad de campar por sus respetos y marcharse mundo adelante haciendo guifios de mozo despabilado, lindo y con cuartos, continuó adentrándolo. Y enseñóle otras tres cosas buenas—amar la Naturaleza, despreciar a las mujeres y sánscrito—y otras cuatro cosas malas—la creencia en lo absoluto, la doctrina de la Blavatsky, el juego del ajedrez y esta frase de Plotino: «El ojo no veía nunca el sol si no fuera de la naturaleza del sol».

La creencia en lo absoluto le hizo concebir el derecho de solucionarlo—pecado de Adán.

La doctrina de la Blavatsky pervirtió su cerebro con el veneno de unos conceptos que se expresan con palabras absurdas.

El juego del ajedrez le convirtió en un misántropo.

Y, finalmente, la frase de Plotino le animó a persuadirse de que él era de la misma naturaleza que Dios, puesto que sentía a Dios.

Así pertrechado, Leoncio Castromil acabó por encaramarse al profesorado de la Biología, pasó de la Biología al ocultismo y del ocultismo al nirvana de los sandfos de circo que se atraviesan las mejillas con

un agujón, hacen la flauta con la nariz y son capaces de cantar el gorigori en la aburrida y poco seria compañía de los muertos.

De esto a lanzarse en busca de lo que le faltaba, sólo medió un año. Y durante diez más, el inverosimil Leoncio paseóse de zoca en colodra sobre los zancos del misterio.

Cuando volvió a su pueblo, era un hombre espiritado y peludo como un faquir y dentro de su cabeza tenían aposento las furias.

Las buenas gentes, sus paisanos, diéronle fama de tramundoso encallecido en la abominación. Atribuyéronsele todos los pecados, hasta los más bíblicos. Se dijo y no se dijo. Se habló y no se habló. Y el profesor de Biología—¡Peste de hombre! ¡Mal fin había de tener!—soprendió miradas de espanto que le salían al paso, murmullos insidiosos que le azuzaban por la espalda, exorcismos de beatas y guifios de sacristanes.

Pero no sucedió nada de particular hasta que vió a su prima Celia, una muchachita tal cual, que había sido crismada dos veces: por su padre en trance de muerte y por el Arzobispo con gran atuendo y manifiesta desobediencia a los sagrados cánones.

Dióle entonces por hacer tonterías de cadete confitado, y como su tío, el santiaguista, nada quería ver con un pariente caído en público vilipendio, exaltóse al extremo de dar al traste con su continencia de profesor.

Como un pazuato enardecido cortejó a Celia y dedicóse a urdir tretas de birloche loco que alzaron escándalo en la ciudad y obligaron a don Sergio a confinar a su hija tras los muros de un convento, en cuya puerta de entrada leíase esta cuarteta en letras de bronce pintadas de rojo:

Hermana, una de dos:
O no entrar, o hablar de Dios.
Que en la casa de Teresa,
Esta ciencia se profesa.

De allí en adelante, Leoncio encontróse solo como un apestado.

Su único amigo lo era el canonista turlato, y con él empeñóse en largas partidas de ajedrez y en conversaciones de poco más o menos. Jugaban de mañana, discutían de tarde y por las noches no daban tregua al magín leyendo lo que no se debe leer.

Un día, el canonista le habló:

—Me han dicho que estás un poco loco.

—¿Un poco nada más?

—Repito lo que me han dicho. Y ahora yo te pregunto:

—¿Es eso cierto?

Castromil apuntó una mirada calenturienta al rostro de su preceptor.

—¿Te lo han dicho o lo has adivinado,

—Me lo han dicho.

—Pues mucho me temo que lo que te han dicho sea verdad. Pero tú no se lo digas a nadie.

—¿De veras estás loco?

—Como una cabra.

El canonista, más turlato que de costumbre, llenóse los ojos de asombro.

—¿Cómo una cabra loca, querrás decir?

—Sí, como una cabra loca.

El preceptor y el discípulo guardaron silencio. Lo que acababan de decirse y, más aún, la manera de decirse, sobrepasaba los límites de sus ordinarias conversaciones, complicadas hasta caer en lo pintoresco.

En cambio, su lenguaje de hoy era de una sencillez y tenía una fuerza expresiva aterradora.

—¡Pero loco, lo que se dice loco de remate?—insistió el canonista.

—Completamente.

Al viejo preceptor le entraron ganas de llorar. Las contuvo y volvió a preguntar, todavía dudando:

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro. Pero guárdame el secreto... ¿Me lo prometes?

Un dedo en los labios, el canonista prometió.

Y aquel día jugaron al ajedrez mañana, tarde y noche.

Para olvidar.

II

Despertóse a media mañana, y sus sentidos, como muertos, resbalaron por las cosas.

La luz del sol, de un sol compostelano envuelto en nubes de incienso y en presagios de lluvia, deshilada por los biseles de los cristales, encendía las alas de una Niké de cuerpo sensual como la de Peonios, erguida en la plataforma de un altar. Ante la imagen, una mecha húmeda en el aceite de Arabia contenido en una cápsula de crisoprasa flameaba desde la noche anterior con la ingenua constancia de un voto ortodoxo.

Todo en el estudio parecía trastocado y roto, como después de una convulsión.

Una ringla de frascos, por ejemplo, hallábase boca abajo. Una columna comprada a un viejo bribón de Calcuta, trabajo mafioso que representaba el nacimiento de Brahma sobre la hoja de loto, flotando entre las aguas y las tinieblas, habíase desmochado. Y un busto en yeso del vanidoso y astuto Galeno metióse de cabeza dentro de un matraz, de lo cual le resultó una desconchadura en la nariz.

El inverosimil Leoncio recorrió con mirada absorta el estudio. No lo reconocía.

¿De quién era aquel caballo de cartón que asomaba por entre las cortinillas de la biblioteca?

Montado en aquel caballo, habíase lanzado muchas noches a imaginarias galopadas por el espacio.

Y he aquí que ahora ignoraba que el caballo era suyo.

¡Estaba perdido!

Abrió los ojos desmesuradamente. Afinó el oído. Y unas cuantas palabras le silbotaron los labios.

—Es tremendo—dijo—. No comprendo nada. Me parece que me he metido en un lío del que no sé cómo salir. Y la culpa la tiene don Sergio.

Sus labios continuaron moviéndose y articulando palabras durante buen rato. Eran palabras, sólo palabras, de esas que carecen de sentido para quien las dice y para quien las oye.

Súbito, poniéndose en pie, preguntó con sobresalto:

—¿Quién va?

Nadie le contestó, y extrañóse del silencio que le rodeaba.

Asombróse de sentirse vivir. No se explicaba el por qué de su existencia, como si le hubieran despojado de su facultad de ponerse en contacto con el mundo de lo real.

—¿Quién soy yo?

Y no sabiendo que respuesta dar a su pregunta, por hacer algo, absorbióse en profundas meditaciones acerca de la forma de sus piernas, sobre las que titubeaba su cuerpo, inclinado hacia adelante, queriendo dirigirse a algún sitio.

Logró, al fin, arrancarse a su inmovilidad, y desconcertado del todo, inició unos paseos alrededor del estudio: Cincuenta y seis pasos de derecha a izquierda y cincuenta y seis pasos de izquierda a derecha. Total, ciento doce pasos, recorrido de ida y vuelta en el que invertía escasamente ciento doce segundos. Y aun cuando este viaje, a la larga, hacía complicado y expuesto a errores, él no se equivocaba nunca.

Tal preocupación numérica revelaba mejor que cualquier otro síntoma a qué grado de guillardura había llegado el inverosimil Leoncio.

Se detuvo inopinadamente con la sensación de que le faltaba algo.

Y se puso a pesquisar.

Primero en los libros. Luego en los cajones de las mesas, en los bolsillos, en el interior de los frascos y debajo de las sillas.

Nada, allí no había nada.

—¿Qué es lo que a mí me falta?—preguntábase.

De nuevo hojeó los libros. En secreto instinto retenía sus miradas en las hojas cubiertas de letras, que no leía, pero que miraba con avidez, como si estuviera seguro de que en ellas se ocultaba el misterio del robo.

—¿Qué es lo que a mí me falta? Que, ¿qué es?... ¿Dónde estará?

Los renglones extendíanse uniformes, como casilleros de palabras, dejando entre sí esos espacios en blanco en los que el escritor consignó sus pensamientos más ciertos, sus ideas más bizarras. Ideas y pensamientos más ciertos, sus ideas más bizarras. Ideas y pensamientos que se quedaron en blanco porque su creador no encontró signos bastantes expresivos para darles la vida del papel impreso.

—¿Quién me ha escamoteado lo que me falta?

Observó aterrizado las líneas iguales y paralelas, carriles del lenguaje escrito, y creyó ver formas indecisas, imágenes borrosas que se desleían en la blancura del papel sin llegar a realizarse de una manera seria y formal.

Pero la revelación no se hizo y cerró los libros con desaliento.

¡Lo que fuera tampoco estaba allí!

Y Castromil murmuró:

—¡Soy un desgraciado!

Más no podía resignarse a sufrir aquella pérdida, y, sobreponiéndose a su desesperación, alocado y clamoroso, los brazos en alto, comenzó a gritar:

¡Ladrones! ¡Ladrones!

Abrió las ventanas del estudio y lanzó sobre la ciudad su horrendo grito, el grito hiriente que más conmueve y turba a los hombres.

Los comerciantes, al oírlo, echaron la llave al cajón de los cuartos. Cerraron sus Bancos los Banqueros. Corrieron los curas a formar el cuadro ante las imágenes y los relicarios preciosos. Los frailes, tras sus amurallados conventos, pusieron en pie de guerra y cargaron sus mejores armas—

Y la Guardia Civil, al hombrón de la tercerola, abandonó sus cuarteles para patrullar por las calles en busca del sinvergüenza que había atentado contra el Sagrado Derecho de la Propiedad.

El inverosímil Leoncio, a todo esto, continuaba gritando:

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

Un numeroso grupo de defensores del Sagrado Derecho avanzó hacia la casa del robado y estacionóse debajo de sus ventanas.

Todos a una preguntaron:

—¿Se ha escapado el ladrón?

Leoncio advirtió entonces la presencia de aquella magnífica multitud, pronta a perseguir, a aprehender y a sacrificar al ladrón, y la contempló con asombro.

—¿Se ha escapado el ladrón?—volvieron a preguntarle.

—Se ha escapado—confirmó Leoncio.

—¿Y qué es lo que le han robado?—preguntó uno, que había nacido para ser actuario y que frustró su destino por dedicarse a vender a los peregrinos recuerdos de Compostela y del Apóstol.

La pregunta era tan certera que dejó perplejo a Leoncio.

—¿Le han robado dinero?

—No—contestó el inverosímil, tras una pausa.

—¿Alhajas?

—Tampoco.

—¿Papel del Estado?

—No lo guardo en casa.

—¿Acciones de minas o de la Compañía de Ferrocarriles Madrid, Zaragoza y Alicante?

—Nunca las tuve.

El actuario que frustró su destino, rasgóse la frente y meditó.

Y una nueva pregunta fué el resultado de su meditación:

—Si el robo no ha consistido en dinero ni en especie, ¿qué diablos es lo que le han robado a usted?

Castromil se indignó.

—¿Usted cree que si yo lo supiera estaría usted ahí haciéndome preguntas?

—¿Pero no sabe usted lo que le han robado?

—No, no lo sé... Y háganme el favor, váyanse ustedes y déjenme en paz.

Y con inaudita violencia, escupió a la multitud y cerró la ventana.

Abajo, en la calle, zumbó el rumor de los defensores del Sagrado Derecho. Pero Leoncio no hizo caso.

—¿Qué desgraciado soy!—tornó a decirse.

Y le complació la convicción que había adquirido de su propia desgracia.

Lentamente encaminóse hacia el centro del estudio.

—¿Qué es lo que a mí me falta?

Volvióse bruscamente y dió frente a un espejo.

En el cristal rafagueaba la luz con resplandores cárdenos, sobre los que se destacaba, como sobre el fondo de una hoguera, la figura del profesor, espiritado y peludo. Contemplóse fijamente. Y vió. Y vió... ¡qué le faltaba la cabeza!

En la luna azogada reflejábale su cuerpo de los pies a los hombros, pero más allá de los hombros sólo existía el espacio. Su cabeza no estaba en su sitio y, lo que era peor, tampoco se sabía donde estaba.

Dirigió a su imagen una mirada inquisitiva y serena.

Sin duda, preguntábale que había hecho de la cabeza.

—Es extraño—balbució.

Y se hizo atrás sorprendido al oír que llamaban a la puerta dando tres golpes.

Contraídas las facciones, alargó el cuello con el temor de volver a oír los tres golpes, que, en efecto, sonaron de nuevo.

Entonces, reflexionó:

«Si él no era él, ¿por qué llamaban? El no estaba. Había salido».

Y consecuente con esta reflexión, aplicó los labios a la cerradura, y en voz baja, muy bajita, voz casi inoible, dijo:

—No está.

Pero fué lo mismo que si no dijera nada.

Por tercera vez se repitieron los tres golpes, como si necesariamente tuvieran que recibir una respuesta distinta. Y al sonar el último golpe, el profesor presintió que volverían a llamar.

—No me creen.

Cubrióse el rostro con las manos y sollozó ahogadamente.

—Yo no miento. El no está. —No está!

¿Cómo he de decirselo?

Los tres golpes insistieron en cachetear la puerta. Su pregunta era tan insólita como la respuesta que recibían.

Sobrecogido de espanto, Castromil corrió por el estudio con el plausible propósito de esconderse donde no pudieran encontrarlo, y hundió la cabeza en un recipiente lleno de agua. El líquido lapidóle la boca, entróle en los oídos y le cegó.

¡Qué gusto! Ya no oía nada, ni el paso del tiempo.

Pero... ¿qué ruido era aquel? Agradable ruidillo. Ruidillo con sordina... Sí. Se lo hacía el agua en el pabellón de las orejas. Divertido ruidillo. Tan divertido, que alzó la cabeza para reírse.

Y la risa quedósele en la boca.

¡Dios! ¡Segufan llamando!

Vaciló delante de la puerta.

Abrióla de pronto.

—¡No está!

Y cerró con un portazo.

La mano que llamaba inmovilizóse en lo alto, inhibida después de la respuesta rotunda.

Crujieron los tramos de la escalera al peso de un cuerpo que los bajaba con lentitud, con una torturada indecisión, haciendo en cada tramo una promesa. Prometiéndole volver en busca del que había salido.

—¡No está! ¡El profesor ha salido para siempre!

Y el inverosímil Leoncio, satisfecho de haberse librado del angustiador pelma, giró sobre los talones, las manos a la espalda, y reanudó sus paseos.

Estos viajes fueron de trayectoria redu-

cida. Veinte pasos de derecha a izquierda y otros veinte de izquierda a derecha. Total, cuarenta pasos. Poca cosa. Pero cada uno de ellos acercábale a su fin.

El profesor pensaba en su cabeza perdida. Evidentemente, el suceso era algo extraordinario. Porque se sabe del que perdió una pierna y las dos piernas, un brazo y los dos brazos, un ojo y los dos ojos, etc. Pero no se sabe de nadie que haya perdido la cabeza so pena de que sus deudos y amigos, siguiendo pernicioso costumbre, le incluyeran en el número de los muertos, con su obligada partida de defunción y su correspondiente nicho en el cementerio.

A él, sin embargo, se le consideraba vivo. Y hasta cierto punto, esto no ofrecía la menor duda.

Llevaba ya hechos seis viajes de ida y vuelta, cuando llamaron con los tres golpes conocidos del lector.

Más no se crea que su zumbón repiqueo inmutó al biólogo decapitado. Como le faltaba la cabeza, él no tenía por qué inquietarse.

Volvieron a llamar.

Castromil se detuvo.

Llamaron de nuevo.

Y Castromil se acercó.

Alguien respiraba aplicando los labios a la cerradura.

¿Cómo harán eso?

La boca del que estaba del otro lado de la puerta, soplabá por el agujerito de la llave.

—Es curioso—observó el inverosímil.

Puso la mano en la cerradura y recibió en la palma las pequeñas corrientes de aire.

—¿Quién anda ahí?

Oyóse la risilla insignificante de un hombre atontado.

—¿Das tu permiso?

—¡Ah! ¿Eres tú, maestro?

—Sí. Soy yo.

—No le parece.

—¿Por qué?

—No sabría decirte... ¿Dónde has aprendido a soplar por la cerradura?

—En el colegio, de niño.

—Lo haces muy bien.

—Regular.

—No seas modesto. Te digo que lo haces muy bien.

—Pues es muy fácil. Si lo deseas, te enseñaré cómo se hace.

—Te lo agradezco, pero no estoy ahora para bromas.

Separados por la puerta, el preceptor y el discípulo cambiaban las palabras de su sorprendente diálogo.

—¿No me abres.—preguntó el canonista.

—Mal momento has elegido para visitarme.

—¡Lo siento, Leoncio! ¡De veras que lo siento! Pero lo que tengo que decirte es de capital importancia, de una importancia mucho mayor de lo que te imaginas.

—¿De importancia para quién?

—Para tí y para mí. Para los dos.

—¿Nada más?

—Y para la Humanidad entera!

—Una pregunta: ¿Esa humanidad es con hache?

—¡Col hache de las grandes!

—Pues entonces no me interesa. Yo me mojo en tu humanidad.

—Permíteme que no te crea. Toda tu vida prueba lo contrario.

—Cállate, viejo. Eres un maneluco.

El hombre atontado volvió a su risilla insignificante. Daba grima oírlo.

—He venido hace una hora, he estado llamando y tú me respondistes que no estaba... Venía a decirte que he cogido a Paracelso...

—Me parece que chocheas. Hace una hora te dije que no estaba y te dije bien. Y si quieres que te lo repita, te lo repetiré: «¡El profesor no está! ¡Ha desaparecido para siempre!»

Abrió la puerta.

—¡Me han robado!

—¿Te han robado?—preguntóle el canonista más turullato que nunca.

—¡Me han robado la cabeza!

Llévose las manos a los hombros y añadió:

—De aquí para arriba no hay nada. ¿Te das cuenta? ¡Es terrible!

—Cuidado, Leoncio. No te precipites. Yo soy algo miope, pero déjame que compruebe si es o no verdad que te han robado. Sería el primer caso que se diera de que a uno se le llevasen la cabeza.

—Me sorprendieron estando dormido.

—Ni aun así. Hazme caso. Déjame que lo compruebe.

El viejo preceptor empujóse en las puntas de los pies.

Inclinóse el profesor sobre el preceptor. Y he aquí que, en aquel instante decisivo, el hombre inverosímil vió en los ojos del hombre atontado lo que no había podido ver en el espejo: su cabeza.

Castromil y el canónista seguían mirándose a los ojos. Jadeaba el primero. Comenzaba el segundo a sonreír creyéndose en posesión de la verdad.

Quando el profesor, enfurecido, gritó de una manera angustiosa:

—¡Ah, ladrón! Con qué has sido tú?

Y agarrotándose al viejo, arrastróle hasta una mesa de preparaciones y con un bisturí púsose a operar separando la cabeza del tronco a cortes limpios.

Una, dos, tres piltrafillas de piel seca salpicaron el suelo. Saltó en surtidor de la yugular un chorrijo de sangre. Perneó el canónista como un borrego degollado. Y tras una última sacudida, convirtiéndose en un saco flojo de carne pocha con un montón de huesos dentro.

—La busqué en los libros, ¿sabes? Pero ¿cómo iba a encontrarla si eras tú el ladrón?

Alzó la cabeza cortada y la contempló a gusto. Luego colocóse encima de los hombros y volvió a sus paseos.

Un sólo viaje de ida y vuelta.

Total, diez paseos.

La Década Mística: 1 más 2, más 3, más 4, por 10.

En el primer paso, la cabeza manchó de sangre los hombros del profesor.

En el segundo, también.

En el tercero no hubo variación notable.

Lo mismo sucedió en el cuarto y en el quinto.

En el sexto, cansado de tener en alto la cabeza, púsose debajo de un brazo.

En el séptimo, la abandonó sobre una mesa.

Dió los pasos octavo y noveno con los brazos libres.

Y al dar el décimo, cayó muerto.

Afortunadamente.

NOTA PARA EL INVESTIGADOR Y EL ERUDITO

En la biblioteca del Seminario Conciliar de Compostela, en el estante núm. 4, entre dos incunables, «El Tesoro» del Rey Sabio y el tratado «De microcosmos, deque magno mundi mysterio et medicina hominis», medio se oculta un libraco con tapas de madera guarnecidas de chapas de metal en forma de rombo. En sus páginas se comentan con escaso ingenio los «Hechos de los Apóstoles». Y como un apéndice a esos comentarios, siguen unas hojas de papel

crudo, graciosamente despabilado a la vida de unas letras de finos trazos con las cuales han sido anotadas las fechas reprobables en la Ciudad de los Tristes, la húmeda y católica Jacobea por siempre jamás amén.

En ellas fué donde leí la verídica relación de los sucesos que acabo de relatar y que no difieren de los historiados sino en pormenores de escasa monta.

Así, dicese en el libraco que el inverosímil Leoncio, después de su crimen, huyó a esconderse en una iglesia perseguido por los jacobeanos, y, acorralado en el presbiterio, arrojóse a tumbos la cabeza de su preceptor a sus acorraladores.

La razón en que me escudé para prescindir de este final, es la sencilla de que me pareció demasiado efectista.

Además, la verdad histórica me saca de quicio, por lo que procuro disfrazarla a mi antojo en las contadas ocasiones en que se me da ocasión para ello.

También debo confesar, ya que estoy en vena de sinceridades, que me gusta mentir. La mentira es mi elemento natural. Y si alguna vez logro engañar al lector, mi regocijo sobrepasa los límites de lo razonable. Pequeño defecto este del que me acuso sin prometer enmienda ni pedir perdón.

De lo dicho se infiere como posible que yo haya engarzado las mentiras en cantidad tanta que acaso mi relato desvirtúe el contexto de la relación originaria.

Y aún, aún...

¿Ustedes creen que ha existido nunca el original?

(Prohibida la reproducción)